
Hijo de tigre... pintito. Hablemos de sexualidad

Este libro es muestra de creatividad, de capacidad didáctica y de coraje: el tema es tan difícil de atrapar como se antoja que lo sea coger un puerco espín, y un puerco espín furioso. *Hijo de tigre... pintito* es prueba de que se sortearon los obstáculos y se superó la soledad del gabinete de investigación, con sus dudas y quebrantos, tanto como los cuestionamientos que se multiplican en la práctica médica cotidiana. El resultado son conclusiones válidas desde el punto de vista científico y académico respecto a la sexualidad y la reproducción humanas.

Hijo de tigre... pintito es también expresión de un acuerdo afortunado entre dos personas con amplia experiencia, pero con perspectivas profesionales diferentes: un médico y una psicóloga. Coherente y armónico, está cruzado además, de principio a fin, por la perspectiva de género: en él se encuentran las miradas de dos personas que portan de manera crítica los atributos y valores que nuestra sociedad asigna a hombres y mujeres. Este ingrediente le da un valor excepcional acorde con la necesidad de integrar las diferencias, sin desconocerlas.

Los autores se reunieron, discutieron los temas que debía contener el texto y se los repartieron. Cuando uno acababa una parte se la entregaba al otro, y ambos discutían y proponían los cambios necesarios. Esta sencillez de método es, desde

luego, aparente; oculta el análisis y discusión de años en que se han enfrentado experiencias semejantes, sobre todo en relación a dos ejes: la perspectiva de género y la influencia de la sexualidad de los padres en la educación sexual de los hijos. Ese concierto es todo un logro.

El libro también es la promesa de una lectura deliciosa. Visto como objeto, el diseño, la selección de fotografías que ilustran la portada y los interiores, los pies de foto, los refranes que acompañan cada asunto, le dan frescura y riqueza. Desde este punto de vista, se practica con él una concepción moderna y respetuosa de lo que debe ser la educación sexual no sólo de niños y niñas, sino también de padres, madres, maestros y maestras: una concepción alegre y juguetona, alejada años luz de la educación que se nos infligió a nosotros. Lejos está de un recuerdo pavoroso de la que escribe: un documental de

un cine que presentaba, para tomar fotografías y los pies de foto, supuestamente consciencia de lo que debía hacerse o no en asuntos sexuales, genitales carcomidos por la sífilis y un hombre en silla de ruedas que había perdido el pelo y estaba a punto de perder la vida. Era una pesadilla que teóricamente debía reaparecer cada vez que se pensara en el sexo.

Otro mérito de la obra es el hecho de que responda a las consultas y preguntas que hombres y mujeres de nuestro país les han hecho a los autores. El libro se asienta en la realidad nacional, en ella tiene su soporte más firme, condición escasa en la literatura del tema. Para corresponder a este arraigo, está sembrado de refranes, que son un recurso empleado por los padres para inculcar en los hijos los principios de la sexualidad -y de muchos otros asuntos- y que ojalá fueran un medio de auténtica enseñanza. Un refrán puede anular de un tajo la espontaneidad sexual de un niño o una niña. Tienen algo de hechizo, de mal de ojo; aquí, en cambio, se emplean con un sentido desmitificador, y se convierten en un medio de tremenda eficacia didáctica.

La ilustración con fotografías del cine mexicano tiene un papel semejante. Al decir de Marta Acevedo, quién fungía como Directora de Publicaciones de la SEP cuando se publicó el texto, nos remiten a escenas familiares paradigmáticas. La intención, según sus autores, era que las preguntas y respuestas, con los refranes, las

fotografías y los pies de foto, permitieran abrir el texto con confianza y adentrarse en una lectura que motivara la reflexión.

Hijo de tigre.. pinito es, ciertamente, un libro para saborearse con los ojos. Tongolele y Tirifán, quebrando la cintura en la portada, le abren la puerta a nuestras estrellas del cine mexicano, en particular a las que iluminaron el firmamento de la época de oro. A ellos les siguen Sara García, Joaquín Pardavé, Dolores del Río, Enrique Rambal, Manolo Fábregas, Arturo de Córdova, Marga López, los Soler, Chachita, la niña Angélica María, todos tan recordados y queridos. Es un acierto del volumen, si bien no deja uno de preguntarse si estas imágenes tocan el corazón de todos sus lectores. En todo caso, las editoras escogieron a nuestras estrellas para significar con ellas la pareja, la maternidad, la curiosidad sexual de los niños y su despertar instintivo en la adolescencia. Se les dota a todas de un sentido sexual, y con ello las actitudes en que las congeló la cámara son re-

vestidas de un nuevo significado. Es como si dijéramos que en la médula de nuestra memoria nacional, que en gran medida, es nuestra memoria cinematográfica estaba la sexualidad sin que lo hubiéramos advertido, y que, instalados en esa zona, la más reservada, la más recóndita de nuestra moral, tenemos derecho a preguntarnos por las manifestaciones de la sexualidad.

De entre todas las fotos que se intercalan la que mejor cifra esta intención es la de Pedro Infante, fotografiado en el baño por algún pariente cercano o algún amigo. Está completamente desnudo. Tiene frío y se abraza a sí mismo. Su rostro parece ajeno a la cámara que lo toma por asalto. Es un baño humilde y, tal vez porque hay muy poca agua, se ha enjabonado todo el cuerpo para enjuagarse después. De esta suerte su pene queda disimulado por el jabón. Esto es lo más notable de esa fotografía insólita. Los mitos más sagrados, las figuras fundamentales de la nación, tienen sexo, y sin duda, padecieron y padecen como cualquier ser humano los problemas, las dudas, los encantos y placeres más comunes y corrientes, pero no menos extraordinarios de la sexualidad. No en balde este Pedro Infante acompaña el capítulo donde nuestros autores tratan el asunto de los niños que ven desnudos a los adultos. ¡Sí, señoras y señores, niñas y niños, Pedro Infante tenía sexo!

Todos hemos enfrentado dudas

de diversa índole ante las preguntas de nuestros hijos e hijas relacionadas con la sexualidad. Aunque se cuente con preparación e información, y se tenga una actitud de apertura y respeto, no es suficiente. Muchas veces desconocemos el orden o desorden simbólico -nuestras actitudes, nuestros silencios, nuestros premios y castigos que tejemos día tras día y que envuelven, a veces con una malla opresiva, a nuestros hijos. Tal vez nunca llegaremos a adquirir plena conciencia de hasta qué punto nuestras conductas reales y concretas, y no lo que decimos como mandato o sugerencia, moldean los valores y la conducta de quienes, independientemente de su voluntad, reciben nuestra influencia.

Es lugar común decir que en las postrimerías del siglo xx, en lo que semeja la fase terminal de un siglo enfermo, las expresiones de la sexualidad y específicamente de la genitalidad, son aún un enigma, un misterio, un tabú, un pecado, una fuente de poder, de discriminación, de control y de

enfermedad en la mayoría de las culturas. Una situación que adquiere dimensiones trágicas si examinamos los testimonios de las mujeres latinoamericanas, de su vida sexual plagada de insatisfacciones, aprisionada por los prejuicios, cuando no violentada y destruida. Miseria sexual de la que no escapan muchas de las que tienen medios y educación. Por ello es necesario pensar y promover una nueva cultura de la sexualidad, como lo ha hecho MEXFAM -institución donde los autores han prestado por largo tiempo sus servicios profesionales- en una de sus más recientes publicaciones: "como la capacidad de disfrutar una vida sexual satisfactoria y sin riesgos, que no incluye como obligatoria la procreación, porque en esencia la sexualidad se desarrolla en la comunicación, en la convivencia y en el amor entre las personas".

Hay que decir que *Hijo de tigre...* pintito se terminó de escribir en diciembre de 1993, casi un año antes de la Conferencia de El Cairo, y que representa de esta suerte una posición adelantada y congruente con lo que cerca de 185 países reconocieron meses más tarde como programas para mejorar la calidad de vida de los habitantes del planeta. Es el caso del "potenciamiento" de las mujeres y de la necesidad de eliminar las desigualdades genéricas. Por ejemplo, cuando los autores se refieren a los juegos, dicen con delicadeza:

Los juegos permiten la formación de imágenes masculinas y femeninas, y el reconocimiento de ser niño o niña de acuerdo con los estilos familiares. A través del juego se ensaya lo que es ser hombre o mujer. Los padres debemos propiciar una variedad de juegos que permitan tanto a niños como a niñas desarrollar plenamente todas sus habilidades y capacidades (p.80).

Y más adelante afirman:

En todos los grupos sociales se distinguen los juegos y juguetes de niños y niñas para formar de manera diferente a los hombres y a las mujeres. En cierto sentido las diferencias enriquecen las expresiones de la cultura, así que no podemos considerarlas negativas. Sin embargo, cuando los juegos favorecen oportunidades de aprendizaje que generan desigualdades entre los sexos, se limitan tanto las habilidades corporales como las capacidades de la mente y de la inteligencia (p.81)

Otro aspecto que se destaca es el de los derechos del infante. Además de que el respeto y la flexibilidad como principios rectores en la educación están presentes a lo largo del texto, impresiona lo que se dice del abuso sexual infantil. Esta práctica despiadada debe ponerse en evidencia. Aunque los datos mencionados en el libro provienen de Estados Unidos, pues en México no se